

Tradición o canon: hacia una historia posible de la literatura

*Álvaro Pineda Botero**

Recibido: 6 de noviembre de 2009. Aceptado: 12 de noviembre de 2009 (Eds.)

El estudio de la literatura nacional sufrió una de sus mayores crisis en la década de 1970, cuando los estudiosos llegaron a la conclusión de que los paradigmas existentes eran inadecuados para dar cuenta y razón del fenómeno literario. Circulaban distintas historias de la literatura, organizadas en forma cronológica por épocas (Costumbrismo, Romanticismo, Modernismo, Naturalismo) o generaciones (La Gruta Simbólica, El Centenario, Los Nuevos, Mito) y bajo la clasificación de los géneros mayores (novela, cuento, poesía, teatro), que pudieron funcionar en algún momento, pero que luego resultaron ineficaces o inadecuadas. En aquellas historias rara vez se hablaba del ensayo y de la literatura escrita por mujeres, y menos aún del relato oral, la trova, la literatura popular, el reportaje y demás géneros periodísticos. Tampoco tenían cabida las manifestaciones culturales y folclóricas de ciertos grupos étnicos o culturales –indígenas, afrocolombianos– y ciertas regiones –Chocó y los que entonces se conocía como “Territorios Nacionales”–. Eran recuentos de obras producidas en la capital y las ciudades más importantes de provincia, escritas por individuos generalmente del sexo masculino, blancos, de clase alta, que decían profesar la religión católica y que escribían en un “español castizo”. En otras palabras, en la historia de la literatura solo cabía la clase social “ilustrada” que manejaba el país desde la Independencia. A finales de esa década, sin embargo, aparecieron visiones alternativas de cómo escribir la historia literaria, que hoy calificamos de premonitoras, en especial las

* Novelista, crítico y profesor universitario. Ph.D en literatura Universidad del Estado de Nueva York. Ha sido profesor investigador de la Universidad EAFIT, director del “Taller de Escritores A Mano Alzada” y autor de varios libros de teoría y crítica. Actualmente se desempeña como escritor y consultor literario.

de Rafael Gutierrez Girardot y Ángel Rama. Y también, las enseñanzas que comenzaron a difundirse desde el recién fundado Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia que, con la orientación de Jaime Jaramillo Uribe, le dio a esta disciplina un nuevo y moderno aire, y cuyo primer resultado fue el *Manual de historia de Colombia* publicado por Colcultura en 1982.

El debate ideológico sobre los paradigmas de selección, periodización y análisis de las obras literarias fue intenso a partir de entonces y, por momentos, parecía que el caos se había adueñado del estudio de la literatura. La sensación de crisis se acentuó con el alud de teorías, conceptos y modas provenientes de Europa y Estados Unidos: del estructuralismo genético y la socio-crítica a los estudios culturales y de género. De la posmodernidad a las complejas especulaciones filosóficas sobre la autoconciencia y la puesta en abismo. Del posestructuralismo, la semiótica y la narratología a la teoría de la recepción y la globalización. De la deconstrucción a la hermenéutica gadameriana. El balance de esas dos décadas es contradictorio y podría sintetizarse así: primero, el cuestionamiento a los viejos paradigmas de estudio fue tan radical que afectó las bases mismas de la profesión. De la noche a la mañana nos encontramos preguntándonos qué se entiende por literatura, qué es poesía, cómo se define la novela, cómo se diferencia una crónica de un cuento. Y también, qué sujetos, espacios y tiempos caben en los conceptos de identidad y nación, y si existe una o muchas literaturas en el ámbito nacional y continental. Segundo, los teóricos se engolosinaron con los juegos retóricos y lógicos más absurdos y pretendían participar en la construcción y deconstrucción de paradigmas y conceptos, con el resultado de que casi siempre desembocaban en la aporía y el absurdo. Tercero, los estudios literarios se redujeron a series de trabajos monográficos sobre una obra o un pequeño grupo de obras, sin posibilidad de establecer conclusiones generales; era más un juego de la imaginación que un raciocinio preciso y científico de consecuencias amplias. Cuarto, con el estudio de unas pocas obras, cualquiera se atrevía a definir y proponer un subgénero. Algunos hablaron de “cánones sueltos” o “móviles”, o “transitorios”. Con la ayuda de la publicidad, cualquiera de tales subgéneros o cánones sueltos pronto se convertía en el único horizonte para acercarse al fenómeno literario, como si no existiera nada por fuera de él; así sucedió en forma sucesiva con la novela urbana, la posmoderna, la detectivesca y la sicaresca. Quinto, los medios, la publicidad y las editoriales comerciales se adueñaron de los productos

literarios y culturales, convirtiéndolos en artefactos de consumo masivo, y usurpándoles a los críticos y a los historiadores su función canonizadora. Sexto y último: al hacer carrera el concepto de globalización, que pronto invadió todas las disciplinas y que se basó en la oposición entre la cultura local, es decir, aldeana, y la cultura global, es decir, la que predomina en las ciudades globales, se le asentó un duro golpe a la dimensión mayor del círculo hermenéutico, la de la totalidad, que es lo que le da sentido a las partes y permite medir la importancia relativa de cada una. En tales circunstancias, la pretensión de componer una historia de la literatura parecía un absurdo, o un imposible.

¿Qué ha cambiado en los últimos ocho o diez años?

En mi concepto, aparecieron dos circunstancias que, combinadas, permiten superar el ambiente enrarecido de las décadas anteriores, y colegir que ahora sí es posible componer un entramado de carácter histórico en el ámbito literario y cultural, en el cual quepan cómodamente todo tipo de obras y fenómenos particulares. Tales circunstancias felices son: la configuración de grupos de investigación como los que están promoviendo Colciencias y las universidades, y el avance de las tecnologías de la informática. Hoy existe buen número de grupos de estudio e investigación con apoyo institucional, y los resultados empiezan a verse. En ellos trabajan investigadores profesionales y jóvenes investigadores provenientes de varios campos, que están en condiciones de dividirse las tareas para organizar, comparar, digerir, un inmenso volumen de información teórica y un corpus igualmente inmenso de obras literarias. En cuanto a los avances de la informática y su uso generalizado, sobra ahondar en el tema. El resultado también lo tenemos a la vista: el SILC, Sistema (electrónico) de Información de la Literatura Colombiana.¹

Hemos, pues, solucionado gran parte de los obstáculos logísticos que afectaron la profesión entre 1970 y 2000, y, por lo tanto, ahora podemos aspirar a componer una historia *completa y exhaustiva*. Sin embargo, no creo que el horizonte esté totalmente despejado. Se nos imponen inquietu-

1 El SILC ofrece para consulta miles de registros comentados y clasificados de textos desde Vergara y Vergara hasta el presente. Un acervo de esta naturaleza, disponible para el investigador de manera inmediata, era cosa de ciencia ficción hace pocos años. <http://silc.udea.edu.co/>

des fundamentales que todavía tenemos que resolver. La primera y la más difícil tiene que ver con las intenciones políticas de la escritura. La mayor acusación contra las historias de la literatura que circularon en el pasado es que respondían a los intereses políticos de los centros de poder. ¿Qué se pretende hoy? ¿Cuál es, concretamente, el objetivo que buscamos al tratar de componer una nueva historia?

Aunque algunos quisieran eliminar las consideraciones políticas, la única respuesta posible es, sin duda, de carácter político, y será expresada de manera particular por cada uno de los grupos interesados. En términos generales, lo que se busca con los nuevos intentos es darles voz a las regiones y a las comunidades que siempre estuvieron acalladas. La conformación de grupos interdisciplinarios y multiculturales y el uso de las nuevas tecnologías abren posibilidades para satisfacer estos reclamos justos. Y, si se logran satisfacer, el avance en los procesos de democratización del país será mayúsculo.

En el libro *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para la discusión. Cuaderno de trabajo I* (2009) este trabajo ya comienza. El *Cuaderno*, que consta de ocho artículos y una introducción, recoge una actividad más amplia: la que han venido desarrollando desde hace más de cinco años los investigadores de varias universidades de Colombia y del exterior, con el objeto de abordar la difícil tarea de escribir una historia de esta naturaleza.²

En la introducción, Alfredo Laverde Ospina pone de manifiesto una de las conclusiones del grupo: la necesidad de dejar de lado el concepto de “canon literario”, que ha sido determinante en la concepción literaria de las últimas décadas y utilizar, en cambio, la idea de “tradición literaria”. El tema lo amplía en su artículo “Aproximación a los fundamentos teóricos y metodológicos para una historia de la literatura colombiana” donde afirma que la noción de canon ha sido más un obstáculo que una ayuda para la consolidación de proyectos colectivos de esta naturaleza. El canon es excluyente; la tradición incluyente. El canon implica selección, jerarquización, hegemonía, privilegia el centro, y deja por fuera demasiados casos particulares. Privilegia también lo foráneo, en especial lo europeo, lo cual hace de la literatura colombiana un apéndice, por demás tardío. El concep-

to de tradición, anota Laverde, adolece, por su parte, de conservadurismo, de que lo viejo es mejor que lo nuevo, privilegia la repetición y condena la novedad, pero tiene la ventaja de que les da voz a los marginados y a la provincia. Laverde Ospina sugiere otras herramientas útiles cuando a partir de los formalistas rusos, en especial de I. Tinianov, propone abandonar las ideas de “período” para remplazarla por “configuración discursiva”, y la de “evolución” o “desarrollo” para remplazarla por “transformación”. La configuración discursiva permite hacer cortes en relación con las condiciones histórico-sociales dentro de una o varias tradiciones. Con el concepto de transformación, por su parte, se enfatiza la relativa lentitud en la que se mueven ciertas manifestaciones culturales, como el folclor, la literatura de masas y la literatura popular. Se ocupa también del elemento central de la historia, es decir, el tiempo en su devenir continuo, y acude a los aportes de la Escuela de los *Annales* (Marck Bloch y Lucien Febvre) de los años 20 en Francia, y luego a los aportes de Ferdinand Braudel. De un lado se requiere abandonar la vieja historia de las individualidades y los acontecimientos de gran magnitud, para centrar el objeto de estudio en los cambios estructurales de los compuestos sociales, a la luz de las ciencias humanas. De otro, se requiere comprender el devenir histórico como un agregado de varias duraciones: larga, mediana y corta. En conclusión, la propuesta de Laverde Ospina está dirigida a definir un horizonte conceptual y a ofrecer una terminología especializada que orienten la construcción de la nueva historia. Habrá que romper con ciertos preceptos antiguos e instaurar otros, no de manera abrupta sino gradual, logrando un desplazamiento hacia el nuevo sistema y las nuevas formas de comprender la historia, y, sobre todo, partiendo de lo que existe y lo que se ha hecho.

Por su parte, Carmen Elisa Acosta Peñaloza de la Universidad Nacional de Colombia, en “Escribir la historia, un encuentro con el tiempo presente”, rescata una aseveración de Pedro Henríquez Ureña sobre la necesidad que tiene cada generación de escribir o reescribir la historia de su literatura. A partir de esta afirmación, la investigadora argumenta que, en efecto, cada generación produce sus propias “comunidades interpretadoras”, y que cada una tiene sus propias necesidades e intereses. Habrá, pues, una historia social, una historia crítica, una historia de la lectura, de los géneros o de la escritura femenina. Su conclusión es que el conocimiento histórico sí es posible, y que el historiador tiene la misión de generar un conocimiento sobre el pasado que tenga sentido en el presente.

2 Más información acerca del Grupo de investigación *Colombia: Tradiciones de la Palabra*, en el Índice de la Historia de la Literatura Colombiana: <http://ihlc.udea.edu.co/>

El artículo “Historia de la literatura, historia de la lectura” de Susana E. Zanetti de la Universidad Nacional de La Plata en Argentina, centra su interés, tal como lo anuncia el título, no en el escritor sino en el lector y más concretamente en el lector crítico. Resalta la presencia de ciertas “sensibilidades y sociabilidades” y enfatiza la importancia del punto de vista del receptor, incluso en el ámbito de sociedades de analfabetos. El ejemplo que utiliza es esclarecedor, *Martín Fierro*, el poema del argentino José Hernández, se leía en voz alta ante un público rural numeroso en las pulperías de la Pampa. Esto lo convirtió en poema nacional antes de que fuera reconocido por los sectores cultos. Con él, se inició toda una literatura gauchesca de carácter oral.

Ana Pizarro, del Instituto de Altos Estudios de la Universidad Santiago de Chile, considera en su artículo “Temas de la historiografía literaria latinoamericana del siglo xx” lo que denomina “literaturas indígenas de larga permanencia”, y resalta la importancia de estudiar el influjo de unos sistemas en otros, tal como sucede entre lo escrito y lo oral, entre lo rural y lo urbano, entre la literatura, el periodismo y los medios de comunicación.

Renán Silva, de la Universidad de los Andes, analiza una de las obras más interesantes de la primera mitad del siglo xx. En su artículo “El canon literario en Colombia: a propósito de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana”, estudia los antecedentes inmediatos y el contexto ideológico en el que se debatían conservadores y liberales durante la década de 1930. La colección de cien volúmenes, escogidos por Daniel Samper Ortega y avalados por la Biblioteca Nacional y el Ministerio de Educación de la época, se conoce también como “biblioteca aldeana”, ya que estaba destinada a ser entregada a escuelas y bibliotecas en todo el territorio nacional, en el marco del proyecto de educación libre y gratuita que pretendían llevar a cabo los gobiernos liberales. Se trata, sin duda, de una de las formas más evidentes de implantación de un canon oficial desde las alturas del poder político.

El trabajo de Jorge Echavarría de la Universidad Nacional de Medellín, “De historiografía, memoria y canonización literarias, nuevos procesos y usos”, ofrece una visión crítica de los procesos sociales de canonización asumidos en la época contemporánea por los centros de poder económico y los medios de comunicación. Utiliza el concepto de “políticas de la memoria”, para describir las varias formas en que operan estos fenómenos,

y lo amplía para hacerlo significar también “las dimensiones políticas de la memoria”, con lo cual enfatiza, de nuevo, el interés político subyacente en todo intento de escribir la historia. Según Echavarría, se presentan dos formas de llevar a cabo la labor historiográfica en los campos de la literatura y el arte. Una sería la escolar, consagratoria del statu quo, que promueve lecturas canónicas; y otra crítica, que propone una ampliación de la lista de obras y autores, una revisión de las visiones de mundo, unas relaciones menos complacientes.

Carmaña Navia Velasco de la Universidad del Valle, por su parte, en el artículo titulado “Historia de la literatura y estudios de género”, reclama que las historias de la literatura adolecen de ceguera respecto de la literatura escrita por mujeres e invita a trabajar no solo recogiendo listados de mujeres escritoras, sino también estableciendo nuevas relaciones entre las distintas voces, formulando preguntas sobre los olvidos y silencios y revisando tendencias y concreciones.

He dejado, ex profeso, el artículo de Olga Vallejo para concluir porque recoge, de manera brillante, muchas de las inquietudes tanto históricas como teóricas de sus colegas, y produce un balance que podríamos denominar “el estado del arte”. Su artículo se titula, precisamente, “Colombia: tradiciones de la palabra. Balance y proyecciones”. En él enfatiza la necesidad de mantener la autonomía de la obra de arte, y, al mismo tiempo, de ponerla en relación con las condiciones socio-culturales y la historia. En ocho puntos hace el balance parcial de lo logrado que establecen un piso y definen un horizonte de trabajo.

El concepto de literatura debe ser tratado independientemente del concepto de Nación, para descontaminarlo de política. En consecuencia, la noción de literatura podrá ampliarse para que cobije gamas más amplias. Esta ampliación, sin embargo, debe estar acompañada de definiciones claras sobre los límites de cada una. El concepto de canon literario pasará a un segundo lugar y en su remplazo deberán usarse conceptos con menor carga semántica, que permitan un acercamiento desprevenido a las obras literarias. La historia de la literatura colombiana tendrá que acomodarse a las necesidades regionales, debe incluir manifestaciones no escritas provenientes de culturas afrocolombianas, indígenas, populares, que se manifiestan de manera fundamentalmente oral y debe desarrollar metodologías apropiadas para dar cuenta de la literatura escrita por mujeres. La noción de periodo

literario deberá ser reconsiderada, de tal manera que se estudia la literatura como un proceso que puede cubrir espacios temporales amplios. De igual forma se requiere una redefinición de los géneros literarios que permita abordarlos en forma integrada. Vallejo finaliza su artículo en forma conciliatoria, insistiendo en que no se trata de hacer tabla rasa con el pasado; no se trata de cambiarlo ni de reinventarlo. Tampoco de descalificar las historias que han sido escritas en los últimos ciento cuarenta años, ni de afirmar que son falsas o inadecuadas. Cada una es el reflejo de su época. Como no existe una historia única, la que actualmente está en construcción refleja las necesidades del presente y puede coexistir con otras posibles.

En conclusión, considero que el *Cuaderno* muestra un amplio panorama de opciones teóricas, un análisis sesudo y bien documentado de lo que está sucediendo, un inventario de retos que se imponen a los grupos de investigación, un recuento de dificultades aún por resolver, y esboza el sendero que se debe transitar en el futuro para superar tales retos. No obstante lo anterior, considero que aún no es clara la forma de resolver la paradoja que se presenta al confrontar los conceptos de canon y tradición. Dada la variedad de manifestaciones culturales, se impone la necesidad de abrir un amplio abanico de “tradiciones” que cubran las necesidades del país. Pero dentro de cada tradición aún tendremos que utilizar mecanismos de canonización. Primero, para definir taxativamente cuáles y cuántas tradiciones estudiar. Y segundo, para seleccionar, eliminar, clasificar y jerarquizar fenómenos culturales dentro de cada tradición, lo cual, sin duda, generará nuevas quejas de exclusión.

El segundo comentario tiene que ver con la idea de democratizar la escritura de la historia. De cierta forma veo arriesgado que un grupo de investigadores, desde el centro de poder que le otorga la pertenencia a una universidad de primer orden, se abrogue la tarea de escribirle la historia, por ejemplo, a cierta comunidad indígena o afrocolombiana o a cierta provincia de la periferia. La mirada del investigador ilustrado, forjado en una determinada profesión, estaría viciada respecto del objeto antropológico que desea estudiar. Más democrático sería capacitar a miembros de esas comunidades y darles las facilidades técnicas y metodológicas para que ellos mismos escriban sus propias historias. De lo contrario, estaríamos cayendo en los mismos errores que ahora les achacamos a nuestros antecesores.

Bibliografía

- Curcio Altamar, Antonio, *Evolución de la novela en Colombia*, Biblioteca Básica Colombiana, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- Pachón Padilla, Eduardo. *El cuento colombiano, antología, estudio histórico y analítico*, dos volúmenes, Bogotá: Plaza y Janés, 1980. 2.ª ed. revisada, dos volúmenes, Bogotá: Plaza y Janés, 1985.
- Jaramillo Uribe, Jaime (editor), *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Colcultura, tres volúmenes, 1982.
- Vallejo Murcia, Olga y Alfredo Laverde Ospina, *Visión histórica de la literatura colombiana. Elementos para una discusión. Cuadernos de trabajo I*, Medellín, La Carreta Editores, 2009.